

JUAN PALAREA "EL MEDICO": FAMOSO GUERRILLERO Y GENERAL CRISTINO

por JULIO REPOLLES DE ZAYAS
Coronel de Caballería del Servicio Histórico Militar

Una vida entreverada por la leyenda

Juan Palarea Blanes perteneció a la generación comprendida entre las últimas décadas del siglo XVIII y las mediadas del XIX, época turbulenta por iniciarse la reforma de estructuras socio-político-económicas entre el fragor de las batallas y el clamor de las revoluciones. El bélico huracán surgido en Francia se extendió por Europa y repercutió vigoroso en otros continentes; España quedó inmersa en los acontecimientos, que la implicaron en continuas guerras, sostenidas allende sus fronteras o sobre su propio suelo, y engendraron enconadas discordias fratricidas. Palarea, se adaptó al ambiente general de lucha, aunque fueran muy distintas sus juveniles inclinaciones vocacionales. Combatió esforzadamente a los invasores de la Patria, alcanzando merecida fama y señalados honores, y participó en las contiendas civiles, acreditándose como experto general; pero también hubo de padecer prisiones y destierros, saboreando alternativamente el néctar de la gloria y el acíbar de las persecuciones.

Algunas obras compendian vicisitudes de su vida, mezclando hechos reales y míticos, como es frecuente en los relatos sobre personajes de épocas caracterizadas por la exacerbación de las pasiones. Palarea, lo mismo que otros de sus contemporáneos encumbrados desde el anonimato, por circunstancias favorables y méritos personales, tuvo entusiastas partidarios y despiadados detractores. Tratamos de ofrecer al lector un esquema biográfico de este notable personaje, omitiendo lo que creemos más conocido o legendario y recordando cuanto quedó sumido en el olvido.

Palarea, médico rural: su personalidad

En la parroquia murciana de San Pedro Apóstol, el 27 de diciembre de 1780 recibió las aguas bautismales un niño, al que llamaron Juan, primogénito de Antonio Palarea Blanco y de Juana Bla-

nes Hernández, matrimonio propietario en Murcia de un importante comercio de tejidos. Tuvieron otros cuatro hijos: José, nació en 1782; Mariano, en 1790; Joaquín, en 1794; Antonio, vino al mundo en 1797.

Juan inició los estudios primarios en el colegio de la Purísima Concepción, regido por frailes franciscanos, del que salió pronto para ingresar en el seminario de San Fulgencio, no llegó a concluir la carrera eclesiástica para emprender la de médico. Ganó en difícil y disputada oposición una beca convocada por la Facultad de Medicina de Zaragoza. Cuando obtuvo la licenciatura se instaló en Madrid creyendo encontrar amplio horizonte para ejercer su profesión, pero hubo de convencerse de que no bastaba poseer brillante expediente escolar para colocarse en un hospital o coseguir la suficiente clientela, por lo que se afanó en conseguir recomendaciones. Por mediación de un colega, que había sido profesor suyo en Zaragoza, fue admitido en las animadas tertulias del Príncipe de Asturias. El futuro Fernando VII, atraído por la simpatía e ingenio de Palarea, influyó para que le adjudicasen la plaza de médico rural de Villaluenga de la Sagra (Toledo), de la que tomó posesión inmediatamente, a primeros de agosto de 1807. Pocos meses bastaron al nuevo médico para prestigiarse, no sólo en Villaluenga sino en toda la comarca de la Sagra, que da nombre a varios pueblos toledanos. Quedó constancia escrita de que en toda esta comarca gozaba de «buen concepto y suficiente dotación».

De no haber sucedido la guerra de la Independencia seguramente el recuerdo de Palarea no hubiese trascendido a la posteridad, ni siquiera como médico. Curiosamente, cuando dejó de visitar enfermos para entregarse a luchar contra los franceses fue conocido en todo el país por «el Médico», y con este apelativo le designa la Historia. Se sentía tan orgulloso del apodo guerrero que al firmar lo agregaba a continuación da su apellido; incluso encabezó así instancias dirigidas al rey: «Don Juan Palarea, *el Médico*, brigadier de los Reales Ejércitos, a V. M. tiene el honor de exponer.» Sin embargo, hubo un momento en que dejó de usarlo, como se aprecia en sus últimos bandos que comienzan así: «Don Juan Palarea, Mariscal de Campo de los Ejércitos Nacionales, Gran Cruz de la Orden de San Fernando, Capitán General de los Reinos de Jaén y de Granada, hago saber.»

Su actuación bélica permitió que hoy sean conocidas sus cualidades morales, intelectuales y físicas. La huella que grabó en su espíritu la formación religiosa y humana recibida en el seminario y en la facultad, se descubre fácilmente en las certificaciones extendidas por numerosas autoridades municipales y eclesiásticas que conocieron y trataron a Palarea durante la contienda, y se complacieron en testificar el trato exquisito y geneorso que dispensó a la población civil. La inteligencia y competencia militar de Palarea, consta en escritos de generales de cuyo mando dependió, y también, en algunos de sus adversarios, franceses, en las memorias que publicaron cuando

se hubo derrumbado el imperio napoleónico: Luis Francisco Lejeune, en *Memorias de un general escritas por él mismo*, refiere que hecho prisionero por la partida del «Médico», éste le salvó la vida cuando se dispnoían a darle muerte los guerrilleros, recibió trato deferente mientras estuvo en su poder y le proporcionó la libertad, mediante canje por prisioneros españoles; también alabó su sagacidad, valor y pericia castrense. Agustín Belliard, que fue gobernador miiltar de Madrid, bajo el mandato de José Bonaparte, hasta que llamado por Napoleón marchó a combatir a Rusia, aludió a Palarea, en estos términos: «El Médico es un buen general, pero es más que eso, es un hombre sabio y humano». Su contextura física quedó plasmada en retratos al óleo y en grabados, que muestran su arrogante figura vistiendo uniforme de húsar.

El camino de un guerrillero

Palarea, aseveró por escrito que encontrándose el Villaluenga de la Sagra el 2 de mayo de 1808, tuvo conocimiento de los trágicos acontecimientos desarrollados en Madrid, y desde este día «principió a hacer a los franceses la guerra moral y la guerra física, aquella con la pluma, circulando papeles para mantener el entusiasmo nacional, y ésta saliendo al Camino Real siempre que veía ocasión oportuna de matar franceses». Sin embargo, nos parece prematura esta fecha para enterarse de lo acaecido en la Corte, y más aún, como veremos, para actuar contra los invasores. La larga duración de la lucha en las calles madrileñas, contra los hueste de Joaquín Murat y la distancia existente entre la capital y Villaluenga, hace muy dudoso que ese día pudieran conocerse los sucesos en el pueblo. Parece innegable que las noticias se difundieron por la provincia de Toledo, desde Móstoles, cuando en la noche del 2 al 3 de mayo recorría el polvoriento camino real, al vertiginoso galopar de su caballo, al postillón Pedro Serrano, que había partido del citado pueblo al atardecer, y alcanzado Talavera de la Reina al mediar la noche, para después seguir la ruta que que por Extremadura se adentra en Andalucía. El postillón era portador del oficio que redactaran entre Esteban Fernández de León y Juan Pérez de Villamil, y avalaran con su firma los dos alcaldes que conjuntamente regían aquel ayuntamiento: Andrés Torrejón y Simón Hernández. Este escrito dirigido a los «Señores Justicias de los Pueblos a quienes se presentas», contenía vibrante llamamiento a los españoles para que se aprestasen a defender la Patria. Serrano sólo se detenía en los puestos de relevos de caballos para las postas, a fin de sustituir su fatigado corcel por otro de refresco. Reparaba sus fuerzas en las localidades que cruzaba su ruta, mientras las autoridades municipales copiaban el mensaje, para a su vez difundirlo por los pueblos cercanos. No es sorprendente, pues, que el día 3 llegasen las noticias a Villaluenga,

pero no antes, ni tampoco que el esforzado postillón alcanzase la provincia de Huelva dos días más tarde.

Mediado el mes de mayo ocupó Toledo la división mandada por Gabriel Barbón, y fue en este momento cuando Palarea comenzó sus actividades guerrilleras, que duraron hasta primeros de agosto, cuando el «rey Intruso», abandonó Madrid y retiró sus fuerzas tras el Ebro, como consecuencia de la victoria conseguida en Bailén por el ejército de Francisco Javier Castaños, sobre el de Pedro Dupont.

Finalizando el año, el ejército napoleónico, esta vez acaudillado por el propio Emperador, avanzó victoriosamente sobre la capital de España; Palarea nuevamente requirió sus armas, montó a caballo, y se dirigió a la Corte para participar en su defensa. Los días 3 y 4 de diciembre se batió en el Buen Retiro y en otros lugares de la población; regresó a Villaluenga, cuando ambos bandos contendientes negociaron la capitulación de Madrid.

Pocos días más tarde invadió la provincia toledana el cuerpo de tropas de Francisco José Lefebor, seguido del que mandaba Claudio Víctor; Palarea, con algunos de sus convecinos, reemplenó sus atrevidas agresiones a los franceses. La incipiente guerrilla estableció su refugio en las ruinas del castillo del Aguila, cercano al pueblo. (En el siglo actual fue demolida la fortaleza para erigir sobre el cerro en que se asentaba una fábrica de cementos.) Paulatinamente se unieron a la partida nuevos voluntarios, y cuando llegaron a integrarla catorce jinetes, Palarea se consideró con fuerzas suficientes para emprender acciones de más envergadura; a primeros de julio de 1809 enajenó sus bienes, y al frente de su tropa salió de Villaluenga para extender sus correrías por las provincias de Toledo y Madrid.

Comandante de la Partida de Voluntarios de Castilla

La partida recibió su bautismo de fuego y sangre el 7 de julio de 1809, cuando procedente de Casarrubios del Monte marchaba campo a través hacia Carranque. Al llegar los exploradores de la guerrilla a la margen del Guadarrama avistaron un destacamento de unos veinte infantes enemigos, que veían por el camino de Cedillo. Los guerrilleros se emboscaron en la ribera y atacaron por sorpresa a sus adversarios, dispersándolos después de causarles seis bajas; uno de los guerrilleros resultó herido.

A partir de esta acción los encuentros victoriosos se producen frecuentemente, y la guerrilla del «Médico» se hace famosa en todo el ámbito nacional, e incluso en el campo francés. Cada vez acuden más voluntarios a incrementarla, impulsados por la exaltación patriótica del momento y estimulados por el ansia de gloria.

Una acción afortunada fue el estribo de arranque del meteórico encumbramiento de Palarea. El 8 de septiembre, en las proximida-

des de Santa Cruz de Retamar, cayó en su poder un oficial francés, portador de cartas del Emperador para sus mariscales Nicolás Soult, Miguel Ney, Eduardo Mortier y Claudio Víctor. «El Médico» se puso en camino inmediatamente para entregar la correspondencia capturada al general Francisco Ramón Eguía, de cuyo mando dependía al guerrillero. Pocos días más tarde recibió Palarea expresa felicitación de la Junta Central, acompañada del nombramiento de Comandante de Partida, al que iba anexo el empleo de alférez de Caballería. La guerrilla quedaba reconocida oficialmente, con la denominación de «7.ª Partida de Patriotas Voluntarios de Castilla». Este reconocimiento oficial suponía para sus componentes quedar sujetos a las obligaciones y disfrutar de las ventajas prescritas en el Reglamento para Partidas y Cuadrillas, publicado el 28 de diciembre de 1808.

La cruz de San Fernando por el combate de Yuncler

En septiembre de 1810, Pedro Caro, marqués de la Romana, Jefe del Ejército de Extremadura, otorgó a Palarea el ascenso a teniente coronel. Por entonces integraban la 7.ª Partida 200 jinetes, pero fue reforzada con otros 70 que formaban la guerrilla de Casimiro Moraleja, quien voluntariamente se unió a Palarea reconociéndole por jefe. Una red de espías residentes en terreno ocupado por el enemigo proporcionaba a la Palarea valiosos informes. Supo por uno de estos confidentes que un convoy, transportando trigo requisado en la comarca, transitaría entre Toledo y Madrid, saliendo de la ciudad imperial el 18 de octubre para pernoctar en Cabañas de la Sagra y reemprender la marcha al día siguiente. Para proteger el camino real de incursiones guerrilleras ocupaban los franceses algunas localidades; concretamente: guarnecían con sendos batallones Illescas y Olías del Rey, y con destacamentos de compañía Yuncos y Cabañas de la Sagra. Palarea decidió interceptar el convoy a la altura del pueblo de Yuncler, porque en este lugar la llanura del terreno favorecía la acción de sus jinetes; la proximidad del arroyo de la Solana, que entonces discurría entre arbolado, la permitía mantenerlos ocultos hasta el momento del ataque, y la lejanía de las fuerzas acantonadas en Illescas y Olías del Rey hacía poco probable que tuvieran tiempo de intervenir en el combate.

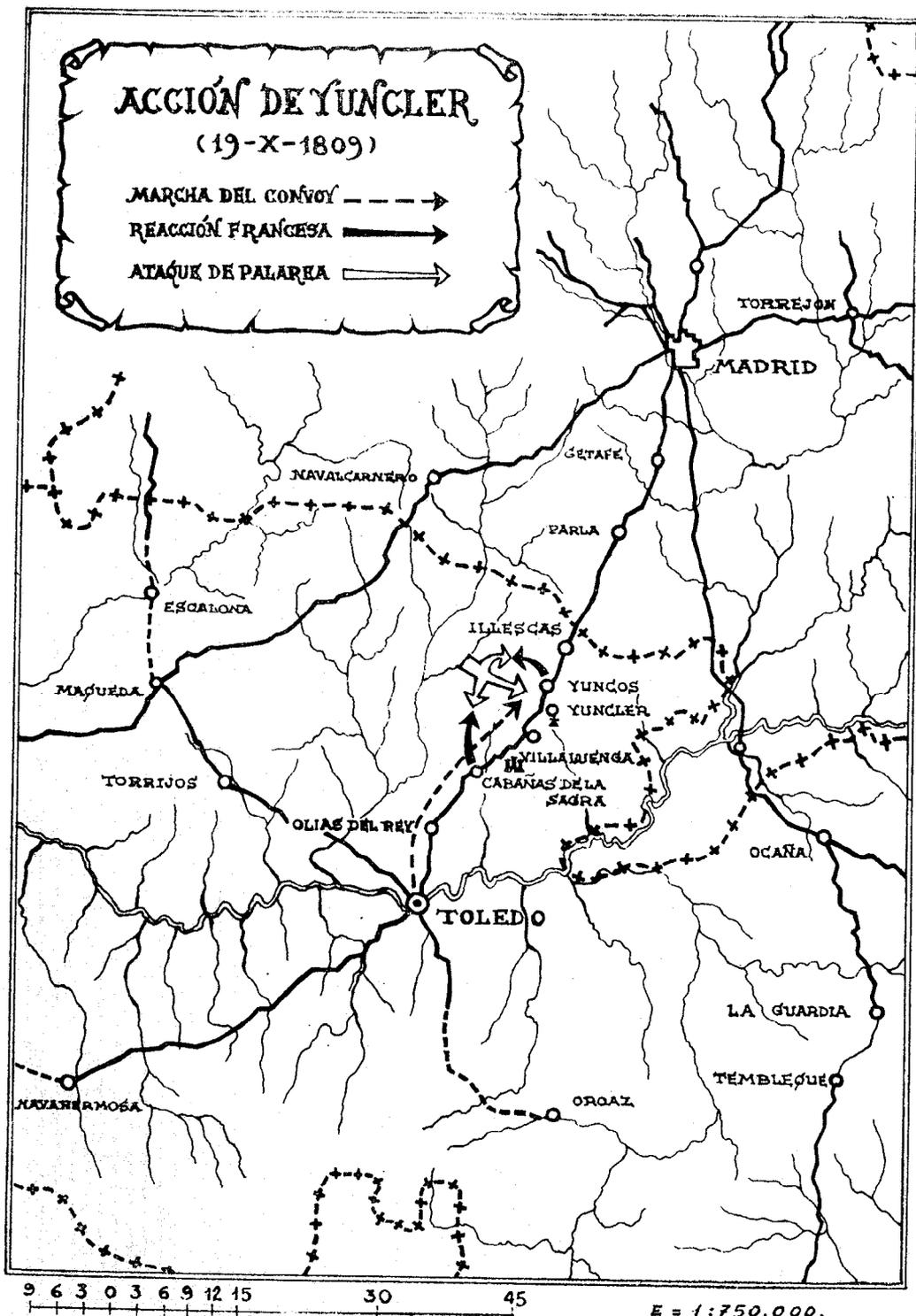
Al filo de la madrugada del 19 llegó la partida al arroyo, y Palarea destacó dos patrullas de unos 30 jinetes cada una hacia Yuncos y hacia Cabañas de la Sagra para vigilar sus guarniciones y dificultar su avance si intentaban aproximarse. Clareaba el día cuando el rodar de los carros y las interjecciones de los carreteros —paisanos españoles contratados u obligados al efecto—, anunciaron la presencia del convoy, escoltado en fuerza por granaderos de infantería, distribuidos en dos hileras que marchaban a ambos lados del camino.

Al llegar frente al lugar en que estaban emboscados los guerrilleros, éstos se lanzaron en impetuosa carga contra los granaderos más próximos, causándoles ocho muertos y haciéndoles una veintena de prisioneros. Los franceses gritando «les brigands» se parapetaron tras los carros y abrieron fuego; seguidamente, formando en cuadro abandonaron al convoy replegándose hasta el interior de una ermita, situada entre el camino y Yuncler. (En el cerro en que estuvo la ermita hoy se asienta el cementerio del pueblo.) La puerta del recinto sagrado, que se cerraba hacia adentro, quedó abierta, por precipitación de los franceses o porque voluntariamente la dejaron así para poder disparar hacia el exterior.

Palarea desmontó con cuarenta de sus hombres, a los que situó cuerpo a tierra frente a los huecos del edificio, batiéndolos intensamente para impedir que salieran los franceses o que intentasen cerrar la puerta. Intimó por tres veces al jefe adversario a rendirse, pero éste rechazó las ofertas; a la tercera intimidación, un granadero abatió de un disparo al parlamentario de Palarea; los guerrilleros expresaron su indignación gritando a sus enemigos que no concederían cuartel a ninguno.

El 2.º Jefe de la partida, José Rivero, quedó con los tiradores que batían la ermita, mientras «el Médico», partía a galope con sus jinetes contra la guarnición de Yuncos que se aproximaba, pero ésta optó por retirarse a la carrera sin esperar el choque. Fue necesario volver a cargar, esta vez, contra fuerzas procedentes de Cabañas de la Sagra, haciéndolas retroceder al punto de partida. Este pueblo estaba fortificado por los franceses con una tapia aspillera que lo circundaba; frente a él quedó un destacamento al mando del sargento Gil Magón, quien después de la acción informó por escrito a Palarea de «haber sostenido vivo fuego con los enemigos, que no se atrevieron a salir del pueblo aunque los insultáramos».

Urgía a Palarea acabar cuanto antes con la resistencia de la ermita, por lo que dispuso que los hombres no empleados en mantener el cerco amontonasen ramaje junto al edificio y lo incendiasen. El tiempo transcurría, la combustión de la leña era muy lenta, y Palarea se impacientaba, pero observando que el viento soplaba en dirección a la puerta de la ermita recurrió a un ingenioso ardid; hizo traer de Yuncler azufre, pimienta y pimentón, y echar estos ingredientes en una hoguera, produciendo una nube de humo que hiciera irrespirable al aire del interior del edificio, y que ocultara los movimientos de los guerrilleros, a los que situó «en dos filas divergentes a ambos lados de la puerta; los más cercanos a ésta con lanzas y los demás con las tercerolas cargadas». Los granaderos salieron en tropel, con las bayonetas caladas, dispuestos a abrirse paso a toda costa, pero fueron muertos casi todos: este fue el sangriento balance de bajas: franceses, 117 muertos y 23 prisioneros; españoles, 6 bajas definitivas y 8 heridos, también sufrió pérdidas su ganado: 5 caballos muertos y 12 heridos. La acción duró cinco horas, a su término el trigo capturado fue repartido entre Yuncler y Villa-



Croquis del combate de Yuncler (Toledo), por el que le fue concedida a Palarea la Cruz Laureada de San Fernando.

luenga de al Sagra, pueblos que no tenían guarnición francesa. Cuando concluyó la campaña, por el combate de Yuncler, le fue otorgada a Palarea la cruz de la Orden de San Fernando.

Los Escuadrones de Húseres Numantinos

La Partida de Voluntarios de Castilla, operando con notable movilidad, realizaba largas jornadas en pocas horas para dejar sentir su vigorosa acción en lugares muy distantes entre sí. En extensas comarcas invadidas por el enemigo, éste se veía obligado a mantener, casi permanentemente, izadas banderas rojas en las torres de las iglesias que, cual gritos de alerta, advertían a sus compatriotas la peligrosa proximidad de la guerrilla. Su campo de acción había dejado de circunscribirse a las provincias de Toledo y Madrid para esparcirse por las de Avila, Salamanca, Segovia y Cuenca, ensancharse por tierras manchegas, adentrarse en Extremadura y, en ocasiones, llegar hasta Andalucía.

Las audacias guerrilleras de Palarea conturbaban el ánimo de los generales franceses, por lo que pusieron alto precio a su captura, vivo o muerto, y dictaron severas medidas contra las personas que lo protegiesen: Juan Bautista Jourdan, Nicolás Soult, Eduardo Mortier y Francisco Horacio Sebastiani lanzaron poderosas columnas en su persecución; incluso José Bonaparte empleó su Guardia Real en este cometido, en dos ocasiones, en que «el Médico», tuvo la osadía de realizar incursiones en Madrid: una hasta la Real Casa de Campo (12 de agosto de 1810), y otra en el interior del casco urbano (12 de enero de 1812). Estas tentativas de los galos dieron lugar a numerosos e inconexos combates en los que casi siempre resultó triunfante Palarea.

Bajo la acertada dirección de Palarea, auxiliado por oficiales de Caballería incorporados a su guerrilla, ésta se transformó en unidad disciplinada, bien uniformada e instruida militarmente. A primeros de mayo de 1811 quedó incorporada al 5.º Ejército con el nombre de «Escuadrones Francos Numantinos». Integran la unidad más de 660 jinetes organizados en tres escuadrones, divididos en compañías, y éstas en pelotones, mandados respectivamente por tenientes coroneles, capitanes y oficiales subalternos. Usaban uniforme de color rojo, siendo dorados los vivos, trencillas y charreteras. Algunos pelotones llevaban uniformes franceses, y un reducido número de soldados vestía de paisano. Esta variedad de atavíos tenía por finalidad inducir a error al enemigo, aproximándole exploradores que parecían ser paisanos, o patrullas que simulaban pertenecer al ejército napoleónico. Cada húsar iba armado con tercerola, un par de pistolas y sable curvo; algunos, además portaban lanza.

Hubo franceses que, desertando de las águilas imperiales, militaban en las filas de Palarea; así, por ejemplo, durante el bloqueo

de Illescas, establecido por «el Médico», desde el 20 al 22 de septiembre de 1811, se le unieron 61 «jurados» —españoles al servicio del «Intruso»—, y 3 franceses. Pocos días antes de este bloqueo, el 2 de septiembre, Castañón, general en jefe del 5.º Ejército, había otorgado a Palarea el ascenso a coronel. En esta misma fecha se incorporó a los escuadrones su hermano Joaquín como cadete de Caballería, y a primeros de noviembre se reunió con ellos su hermano Mariano. Hacia poco tiempo que había fallecido el padre de los Palarea, víctima de la epidemia de cólera que aquel año azotó la costa levantina, su mujer, Juana Blancs, falleció algunos meses después. En Murcia quedó José al frente del negocio familiar y atendiendo a la educación del hermano más pequeño, Antonio, que a la sazón tenía 13 años.

Cuando Mariano se incorporó a los escuadrones Numantinos estaba graduado de teniente. Al comenzar la campaña se había incorporado al Regimiento de Infantería de Voluntarios Leales a Fernando VII, con el que participó en numerosos hechos de armas entre los que cabe destacar las batallas de Talavera, Puente del Arzobispo, Chiclana y Albuera, defensa de la Isla de León y dos desembarcos en las costas gaditanas.

Los Húsares y los Cazadores Numantinos

Al discurrir de la contienda algunas guerillas se integraron en la de Palarea, entre otras, las capitaneadas por Francisco López, Camilo Gómez y Narciso Morales. El constante incremento de voluntarios permitió al «Médico», finalizado 1811, reforzar sus escuadrones organizando una unidad de Infantería que denominó «Batallón de Cazadores Numantinos», integrado por 230 infantes pero que pasados unos meses llegó a tener más de 600 hombres.

Estas fuerzas no luchaban solamente a la usanza guerrillera, en ocasiones seguían la técnica del ejército regular y entablaban combates formales. Palarea, frecuentemente, no empleaba sus tropas reunidas en un lugar, a fin de distraer la atención del enemigo en otros lugares alejados del que había seleccionado para asestar un golpe, como hizo, por ejemplo, el 24 de junio de 1812, empleando dos de los escuadrones y una de las compañías de Infantería en la conquista del fortín de Puente Burguillo, tomado al asalto después de sostener intenso tiroteo durante catorce horas; en esta acción perdió la vida el teniente coronel Gregorio Gómez, jefe del 2.º escuadrón.

En el azaroso juego de las armas, Palarea resultó vencedor en 82 combates, pero fue derrotado en tres ocasiones, a las que nos referiremos someramente. El 5 de enero de 1811, encontrándose en Tembleque (Toledo), vio aproximarse un regimiento de dragones; «el Médico», intentó eludir el combate retirándose, pero encontró

cerrado el camino por dos de los escuadrones enemigos que se habían adelantado desbordando el pueblo sin ser vistos por los españoles; los húsares «se abrieron paso por medio de ellos a fuerza de valor y pericia», teniendo que dejarse en el campo 44 muertos, otros 9 fueron hechos prisioneros y perdieron 54 caballos. El 15 de octubre del mismo año descansaba Palarea con su tropa en Sonseca (Toledo), cuando irrumpieron en el pueblo dos escuadrones de dragones, seguidos de un batallón de Infantería Ligera; los húsares, ante lo inesperado del ataque, abandonaron la localidad precipitadamente, sufriendo 22 bajas y perdiendo una veintena de caballos. En la provincia de Madrid, el 3 de mayo de 1812, los «Numantinos» fueron atacados por tres columnas procedentes de Mérida, Chapinería y Villamanta, Palarea optó por retirarse, pero al iniciar el retroceso se dispersó su tropa al ver avanzar sobre ella la Caballería daversaria, «el Médico» salvó a los que huían conteniendo algún tiempo el empuje de los jinetes de galos al frente de sus oficiales, sargentos y algunos soldados que no habían perdido la serenidad. En su informe, Palarea, justificó la desmoralización experimentada por su tropa, haciendo constar que se encontraba muy fatigada y hambrienta después de llevar diecisiete días combatiendo ininterrumpidamente; el total de bajas se elevó a 7 oficiales, otros tantos sargentos, una cuarentena de soldados y numerosos caballos.

Las tropas de Palarea no participaron directamente en las batallas libradas por el ejército regular, pero cooperaban a su acción actuando enérgicamente a retaguardia del adversario. Durante la batalla de Los Arapiles (22 de julio de 1812), los «Numantinos» se encontraban interceptando las comunicaciones de las fuerzas de Augusto Marmont; tres días más tarde Lord Wellington ciñó a Palarea al sable que, para honrar al médico-guerrillero, envió al Príncipe Regente de Inglaterra. Poco tiempo después, el 12 de agosto, el ejército anglo-hispano-portugués ocupó Madrid, y los «Numantinos», formando parte de la vanguardia, penetraron en la Corte por la puerta de San Vicente; al día siguiente, por disposición de la Regencia, formaron en la plaza Mayor durante la solemne proclamación de la Constitución.

Antes de proseguir la ofensiva hacia Burgos, lord Wellington encomendó a Palarea unir sus fuerzas a las tres divisiones inglesas de Rowland Hill, destinadas a sostener la línea del Tajo, nombrándole además gobernador militar de Toledo. Tan pronto como tomó posesión del cargo proclamó La Constitución en la plaza de Zocodover, el 25 de septiembre.

En el ejército regular

Al comenzar el 1813 los «Numantinos» fueron integrados en el 4.º Ejército: los escuadrones, con el nombre de «Regimiento de Húsares Numantinos», al mando del coronel Palarea, pasaron a formar

parte de la 1.ª División de Caballería, acudillada por Luis Villamur, conde de Penne, mientras que el batallón de Cazadores se incorporó a la 1.ª División de Infantería, mandada por Pablo Morillo. Comenzaba otra fase en la vida militar de Palarea, que cancelaba para siempre sus actividades guerrilleras. Tomó parte en la ofensiva que puso fin a aquella larga y cruenta guerra, distinguiéndose con su regimiento en la batalla de Sorauren (Navarra), sostenida en agosto de 1814 contra las divisiones de Honorato Reille y Beltrán Clausel. Agregado el regimiento a la llamada «División de Navarra» cruzó la frontera pirenaica; viva emoción experimentaron los Húsares Numantinos al galopar contra sus adversarios en suelo francés.

Concluida la campaña, el regimiento que organizó Palarea desapareció como unidad orgánica al ser integrado en el de Dragones de Pavía. Juan Palarea, ascendido a brigadier, fue nombrado jefe del Regimiento de Húsares de Iberia, de guarnición en Madrid, al que fueron destinados sus hermanos Mariano y Joaquín, el primero, ascendido a capitán durante la contienda, fue graduado de teniente coronel, y el segundo, promovido a alférez.

En el año 1815 Juan contrajo matrimonio con María de Soto Díaz, de 21 años de edad, hija única de un acaudalado matrimonio; aportó como dote la finca núm. 4 de la calle de Hortaleza. Mariano se casó en 1820 con Micaela Salazar Nadal, de 17 años de edad, huérfana de un capitán de Infantería que, hecho prisionero al capitular Zaragoza en 1809, falleció en Francia. Micaela tenía algunas propiedades en Ocaña (Toledo), donde se instalaron los cónyuges, pues allí estaba de guarnición el Regimiento de Borbón, al que había sido destinado Mariano.

Los Palarea constitucionalistas

Al concluir la guerra contra Napoleón, amplias zonas del territorio hispano quedaron devastadas, la economía arruinada, las posesiones del Nuevo Mundo en plena rebeldía y los españoles exasperados y divididos por intereses clasistas y opiniones políticas discrepantes. Las máximas atribuciones soberanas, inhábilmente ejercidas, que se arrogó Fernando VII el regreso de su cómodo cautiverio en Valençay, ahondaron las diferencias que desunían su pueblo y agudizaron los complejos problemas en que se debatía el país. A poco de publicarse el Decreto que abolía La Constitución e instauraba el absolutismo como forma de gobierno (11 de mayo de 1814), se produjeron una serie ininterrumpida de pronunciamientos, entre los años 1814 y 1819, para restablecer el régimen liberal, siendo todos ellos reprimidos con inusitada dureza: prestigiosos militares fueron ahorcados; numerosas personas abarrotaban las prisiones y no pocas se libraron de correr la misma suerte expantriándose.

Durante el año 1819 las logías desarrollaron gran actividad subversiva para restablece el liberalismo; la masonería se había enraiza-

do profundamente en estamentos civiles, militares y hasta eclesiásticos. Aplicaban su propaganda esencialmente al ejército concentrado en Andalucía, que al mando de Enrique O'Donnell, conde de La Bisbal, se aprestaba a partir para sofocar en América los movimientos secesionistas. El conde, aunque implicado en la conspiración, para desviar de su persona las sospechas del Gobierno, el 8 de julio detuvo a los principales cabecillas de ocho batallones que estaban acampados en El Palmar del Puerto de Santa María (Cádiz). El conde no logró granjearse la confianza del Gobierno, que le destituyó del mando del ejército expedicionario, y para sofocar la rebelión, si llegaba a estallar, envió a la Mancha y Extremadura algunos regimientos que consideraba leales.

Con motivo de este movimiento de fuerzas, el regimiento del brigadier Palarea fue designado para guarnecer Villafranca de los Barros (Badajoz); los Palarea solicitaron del rey ser destinados a otro regimiento de la guarnición de Madrid, basando sus peticiones en dificultades económicas y conveniencias familiares. La petición del brigadier fue atendida pero no la de sus hermanos. A aquél se le confió el mando del Regimiento de Montesa. No permanecieron mucho tiempo en Extremadura Mariano y José; el primero fue destinado a Lanceros de Borbón, en Ocaña, y el segundo a Dragones de Almansa, en Madrid.

Como consecuencia de la sublevación iniciada por Rafael del Riego, en Cabezas de San Juan (Sevilla) el 1 de enero de 1820, al fin, fue proclamada nuevamente La Constitución en la capital de España, el 9 de marzo, cerrándose así la etapa absolutista y dando comienzo la que se denominaría «Trienio Constitucional». Al triunfar el movimiento liberal, el brigadier Palarea solicitó, y obtuvo, cambiar el nombre «Montesa» de su regimiento por el de «La Constitución». En julio, Palarea fue elegido diputado a Cortes. Había presentado su candidatura con la más destacados cabecillas del triunfante movimiento revolucionario.

Nuevas actividades bélicas

No fue duradera la paz en España. La disconformidad de los absolutistas, exaltada por la persecución de que les hacían objeto los vencedores, provocaron levantamiento de partidas armadas en todo el país. Estos movimientos eran alentados sólapadamente desde el palacio real.

A primeros de julio de 1822 se sublevaron los batallones de la Guardia Real al grito de «Viva el Rey Absoluto». Motivó esta actitud levantisca de los guardias el que frecuentemente eran provocados y hasta agredidos por grupos de gente de baja estofa. El capitán general, Pablo Morillo, al frente de los Dragones de Almansa, marchó a El Pardo donde se habían concentrado cuatro de estos bata-

llones, a fin de inducirlos a deponer las armas, pero hubo de regresar a Madrid sin conseguirlo. Al atardecer del día 6 corrió el rumor de que las guardias se disponían a marchar sobre la capital. Aunque las autoridades no dieron crédito a esta noticia, para calmar la intranquilidad pública movilizaron la Milicia Nacional —reserva del ejército, constituida por paisanos voluntarios, organizados militarmente, uniformados y armados—, situando en la plaza de La Constitución —hoy plaza Mayor— dos batallones de milicianos, reforzados con otro de Infantería y dos piezas de artillería, encomendando el mando de estas tropas al brigadier Palera, que como diputado a Cortes estaba sin destino militar.

Al filo de la madrugada del 7 penetraron en Madrid los batallones procedentes del Pardo, uno de los cuales atacó briosamente la plaza de La Constitución, siendo enérgicamente rechazado por Palarea, con la metralla de sus cañones y las bayonetas de los milicianos. Tras numerosas vicisitudes dramáticas y vergonzosas los guardias abandonaron la Corte sin deponer su actitud; en pos de ellos partió una columna acaudillada por Francisco Ballesteros, cuya vanguardia iba al mando del brigadier Palarea, y junto a él cabalgaban sus hermanos: Joaquín, formando parte de su regimiento; en cuanto a Mariano ignoramos por qué circunstancias, ya que su destino estaba en Ocaña. El brigadier dirigió la persecución con dureza y eficacia durante varios días por la Casa de Campo, El Escorial y puerto de Guadarrama hasta las Navas del Marqués, donde se entregaron los guardias que quedaban. Los demás habían sucumbido bajo los sables de los dragones de Almansa o habían sido hechos prisioneros.

De nuevo en campaña contra los franceses

Para restablecer el régimen absolutista, invadió España el 7 de abril de 1823, cruzando la frontera pirenaica, un ejército acaudillado por Luis Antonio de Borbón, duque de Angulema. Estas tropas integradas por unos 65.000 franceses y unos 35.000 españoles, fue denominado por el vulgo «Los Cien mil Hijos de San Luis». El pueblo hispano, fatigado de tan continuos desórdenes y violencias de todos los matices acogía entusiásticamente a los invasores, creyendo, ingenuamente, que le traían la paz tan anhelada. Los cinco ejércitos levantados apresuradamente por el Gobierno para rechazar la invasión se batían faltos de entusiasmo, en constante retirada; las deserciones eran cuantiosas.

Al producirse la invasión, el brigadier Palarea fue nombrado gobernador militar de Santoña y comandante militar de Salamanca, sin que acertemos a explicarnos cómo hubiera podido simultanear ambos cargos. Quizá por esta dificultad, o porque estimase que se le tendía una añagaza para que no se opusiese eficazmente a los invasores, hizo algo muy distinto, situándose con algunas tropas, cedidas

por Ballesteros, entre León y Oviedo, para cerra el paso al general francés D'Albignat que se disponía a invadir Asturias. Derrotado Palarea se retiró a Galicia para unirse a Pablo Morillo, que ejercía el mando militar en aquella región, pero enterado de que Morillo negociaba la rendición con el general Juan Bourque, y decidido a luchar mientras fuera posible, se dirigió a La Coruña donde Antonio Quiroga sostenía la causa liberal. No logró entrar en la plaza, que aún resistía, a pesar de que Quiroga la había abandonado. Palarea reunió su tropa a la del general Carlos Roselló, quien tampoco aceptó capitulación de Morillo, y juntos marcharon hacia Vigo, pero fueron alcanzados y batidos en el puente Sampayo por fuerzas hispano-francesas.

No desanimaron a Palarea ni a Roselló tantas derrotas, reunieron sus dispersas tropas y se retiraron hacia Zamora. Sobre ellos venía a marchas forzadas Bourque, al que presentaron batalla el 27 de agosto en Gallegos del Campo. Ambos bandos lucharon briosamente, hasta que los liberales, abrumados por la superioridad numérica, depusieron las armas. Fueron hechos prisioneros y conducidos a Francia los generales Palarea y Roselló, juntamente con la tropa que les quedaba.

El conde de La Bisbal, jefe de uno de los ejércitos españoles, sin oponer gran resistencia, franqueó al duque de Angulema el paso a la capital de España. Hasta la entrada de los franceses quedó en Madrid el general José de Zayas, reprimiendo durante los desmanes que cometían bandas de forajidos que, titulándose absolutistas, se aprovechaban de la confusión existente para atentar contra la vida y la propiedad de los tildados de liberales. Cuando Zayas hubo entregado la plaza se encaminó a Andalucía. En Granada tomó el mando del ejército de Ballesteros, cuando éste negociaba su capitulación, ejército que entre las bajas sufridas y las muchas desertiones había quedado reducido a pocos millares de soldados, entre los que se encontraban Mariano y Joaquín Palarea. Zayas al frente de estas tropas marchó contra las invasoras que acaudilla el general francés Gabriel de Molitor. En Campillo de Aranas se produjo la batalla, una de las más sangrientas de aquella guerra; batidos los españoles, se retiraron hacia Málaga.

Tras las fáciles victorias del duque de Angulema, Fernando VII quedó, el 1 de octubre, ejerciendo el máximo poder. Sin embargo, aún quedaba en Cartagena un baluarte constitucionalista, donde se mantenía firmemente el obstinado liberal, José Torrijos y Uriarte, quien al fin capituló el 23 de noviembre, seguidamente fletó un navío y emigró a Francia, donde se reunió con Juan Palarea.

Torrijos era capitán de Infantería cuando comenzó la guerra de la Independencia, se distinguió notablemente en aquella campaña, por lo que fue ascendido a brigadier y condecorado con la cruz de San Fernando. Durante la etapa absolutista (1814-1820) conspiró, siendo reducido a presión. En el trienio constitucional luchó denodadamente contra las partidas absolutistas, por lo que fue ascendido

a mariscal de campo. En la guerra del 1823 estuvo en el ejército de Ballesteros, pero cuando éste entabló negociaciones con los invasores, se separó de él, y defendió enérgicamente Valencia, Murcia y finalmente Cartagena.

La restauración del absolutismo repercutió en Mariano y en Joaquín, quedaron, como muchos oficiales «excedente del ejército» y desterrados a más de 10 leguas de Madrid. Mariano fijó su residencia en Andújar. Ignoramos dónde se estableció Joaquín.

En esta breve y desgraciada campaña pocos lauros cosecharon las armas galas y las hispanas, pero sí vino a patentizar que eran más profundas y robustas las raíces absolutistas que las liberales. El poder de la realeza ejercía mágico influjo en la mentalidad del pueblo; se removieron sus sentimientos cuando las Cortes llevaron al rey a Andalucía contra su voluntad, y más aún cuando una Regencia asumió las funciones del soberano; la mayoría todavía tenía fe en «el Deseado». La guerra estaba perdida para los liberales por falta del apoyo popular, imprescindible en toda contienda. Junto a las tropas de Angulema se batían muchos y valerosos españoles, mientras que una minoría lo hizo, denodadamente, contra ellos. Era deber patriótico ponerla fin, cuanto antes, con la menor efusión de sangre posible. No es censurable la actitud adoptada por las Cortes, que no se fiaban de la doblez de Fernando, ni de los que se decepcionaron, Como Ballesteros y Morillo, ni de los que hicieran armas en pro o en contar de los invasores, porque todos ellos actuaron a impulso de común y ardiente patriotismo. Solamente cabe marginar de esta apreciación cuantos, en todo momento y desde siempre, se mostraron versátiles, por atender a su interés personal más que al de la Patria, como el monarca y La Bisbal, pero aún éste acreditó en muchas ocasiones su valentía; aquél ni siquiera esto. El sufrido y bravo pueblo español fue muy digno de tener mejor rey.

Conspiración de Torrijos y de Palarea

Disgustados por la acogida poco favorable que les dispensó el gobierno francés, Torrijos y Palarea se trasladaron a Inglaterra, donde se reunieron con otros emigrados españoles, entre los que constituyeron una Comisión, de la que Torrijos fue elegido presidente y Palarea secretario; la finalidad era reinstaurar en España el liberalismo por todos los medios a su alcance.

Mientras Francisco Espoz y Mina, en 1830, emprendió desde el Pirineo francés algunas incursiones armadas, fácilmente rechazadas por las tropas de cobertura españolas, Torrijos y Palarea desembarcaron en Gibraltar para desde allí cooperar con Mina, promoviendo sublevaciones en Andalucía. El año anterior Mariano Palarea había sido readmitido en el Ejército, con el empleo de capitán, y destinado a la compañía de Carabineros de Málaga. Tan pronto como el



Brigadier Palarea, con su uniforme del Regimiento de Húsares de Iberia.
Museo Romántico. Madrid.



Captura del coronel Lejeune. El autor del cuadro, el mismo Lejeune, puso notas de crueldad que no se produjeron, y desfiguró pintorescamente la uniformidad de los húsares numantinos, como patentizó al describir su captura en sus «Memorias». Castillo de Versalles (Francia).



Plaza dedicada a Palarea en Villaluenga de la Saera (Toledo).

Gobierno español tuvo conocimiento de la llegada a Gibraltar del brigadier Palarea, dispuso que su hermano quedase de cuartel —sin destino— en Toledo.

Finalizado el año 1830, Palarea se separó de Torrijos y embarcó con rumbo a Francia, desde donde fue a Argel. No podemos precisar el motivo de esta separación, que bien pudo ser la disconformidad de Palarea con los planes del impulsivo Torrijos. Durante el año 1831 Torrijos llevó a cabo algunas intentonas en Andalucía, que fracasaron por falta de calor popular y por la enérgica reacción de las tropas del general Vicente Quesada. Su último intento lo llevó a cabo el 1 de diciembre, desembarcando en Fuengirola, incitado a ello por el gobernador de Málaga, Vicente González Moreno, quien fingía ser partidario de los liberales. Torrijos y sus 52 compañeros de expedición fueron pasados por las armas. Este hecho fue recogido por la musa popular en una estrofa que contó el vulgo cuando en España soplaron «vientos de fronda»:

*Si Torrijos murió fusilado,
no murió como infame y traidor,
que murió con la espada en la mano,
defendiendo la Constitución.*

Rehabilitación de Palarea: sus últimos triunfos bélicos

Cuando falleció Fernando VII en 1833, su viuda, María Cristina de Borbón, fue nombrada Regente durante la minoría de edad de su hija Isabel. Apoyándose en los liberales, para contrarrestar la acción de los carlistas, alzados en armas para cambiar la línea sucesoria del Trono, autorizó el regreso de los expatriados y el reingreso en el Ejército de cuantos se encontraban todavía en situación de «excedentes».

Acogiéndose a este beneficio reingresó Joaquín Palarea, con el empleo de teniente. El brigadier Juan Palarea regresó del exilio, desembarcando en Alicante, procedente de Argel. Rehabilitado, fue nombrado capitán general de Valencia, y elegido diputado a Cortes. La Reina le concedió la gracia de que su primogénito, Juan Palarea de Soto, de 17 años, ingresara con el grado de alférez en los escuadrones de la Guardia Real.

Se desarrollaba la guerra civil, en 1835, con extrema dureza y crueldad inusitada. El pretendiente a la corona contaba con un caudillo de excepcional valía, Ramón Cabrera Griñó, quien después de asentar su base de operaciones en el Maestrazgo, explotando los recursos de la comarca y creando una industria militar, llevó sus armas triunfantes a las llanuras zaragozanas. Para superar esta adversidad, el Gobierno cristino recurrió a Palarea, nombrándole Jefe de las tropas de Aragón. Cabrera tuvo conocimiento de este nom-

bramamiento por un correo interceptado; la noticia le causó tal preocupación, que varió sus planes, dirigiéndose a marchas forzadas en demanda de terreno monañoso, por ser su Caballería inferior a la cristina, y tener que enfrentarse con un general muy experto en el empleo de este Arma.

Palarea marchó en pos de sus contrarios, alcanzándolos el 15 de diciembre en el cerro Tejeras, próximo a Molina de Aragón. Se entabló el combate, que se desarrolló con suerte alterna, hasta que el caudillo cristino arengó a sus escuadrones, y lanzándose con ellos a la carga puso en fuga a los infantes más bisoños de Cabrera. Este para salvar a los que huían se puso al frente de su tropa veterana y gritó a sus adversarios: «Aquí debéis venir, dejad a los que huyen, yo soy Cabrera.» Después maniobró hábilmente, retirándose hacia Albarracín. Para librarse de la persecución dispersó sus soldados, citándolos en el Maestrazgo, cuando transcurrieran 15 días. A Palarea le fue concedida la Gran Cruz de San Fernando.

Nuevos éxitos obtuvo Palarea en tierras aragonesas y levantinas, que culminaron con nueva derrota infringida al caudillo carlista el 4 de abril de 1836 en Chiva (Valencia).

Ascendido Palarea a mariscal de campo fue nombrado «Capitán General de los Reinos de Jaén, Granada y su costa». Cuando tomó posesión de su cargo, en julio de 1837, la serranía estaba invadida por partidas de «faccioso» dirigidas por Isidoro Ruiz «Jamilá» y Francisco Martínez «Manjero». Se puso en campaña inmediatamente y en septiembre pudo anunciar a su «Jurisdicción», en vibrante proclama, que todo el territorio había quedado «purificado». Palarea en esta ocasión procedió con extrema dureza, fusilando a los prisioneros y a cuantas personas ayudaban a los carlistas. Seguidamente marchó a Málaga, donde se producían frecuentes disturbios contra el Gobierno de la reina. Proclamó el estado de guerra, que mantuvo permanentemente, hasta que interpelado el Gobierno por la oposición, se vio obligado a relevar en el mando a Palarea, en enero de 1839, nombrándole Senador del Reino, con residencia en Madrid.

Entretanto el hijo de Palarea que estaba acreditando en la contienda ser digno descendiente de su progenitor, había sido ascendido a capitán por méritos de guerra y condecorado con la cruz de San Fernando.

Misterioso arresto y muerte de Palarea

Concluida la guerra civil en 1840, el discurrir de la vida nacional se caracterizó por la inestabilidad política y la violencia. Dentro del liberalismo dos tendencias se disputaban acremente el poder: la moderada y la progresista; al fin triunfo ésta cuando, tras la expatriación de María Cristina de Borbón, fue nombrado Regente el general Baldomero Espartero. Disconformes los moderados, promovieron

graves disturbios, que culminaron el 7 de octubre de 1841 con una sublevación en Madrid, con extensas ramificaciones en varias provincias; duramente reprimida fue fusilado el prestigio general Diego de León, en la capital de España, y en otros lugares varios generales y políticos, muchos fueron arrestados, y no pocos salvaron su libertad o su vida traspasando las fronteras.

Para el investigador se pierde la huella de Palarea pocos meses antes de estos sucesos, en agosto, que fechó una carta en Madrid, y no reaparece hasta marzo de 1842, en que un lacónico parte del gobernador militar de Cartagena da cuenta de que el día 7 había fallecido «súbitamente» el mariscal de campo D. Juan Palarea, que se encontraba en la plaza en calidad de arrestado, se le seguía Causa, y que su cadaver había recibido sepultura en el cementerio castrense, rindiéndosele los honores que le correspondían.

Ignoramos en qué fecha y por qué motivo fue puesto en prisión, la fecha bien pudo ser el 11 de octubre de 1841, porque este día, por orden del Regente, el capitán Palarea de Soto quedaba arrestado en Vicálvaro —ya no recobraría la libertad hasta la caída de Espartero—. El momento político permite suponer que padre e hijo se implicasen en el pronunciamiento del general León.

El prestigio de Palarea, lo repentino de su muerte, el ambiente sombrío y violento de la época, dio pie a que corriese el rumor de que el general había sido envenenado, opinión que aún sostiene en Cartagena los que conocen la historia de su ciudad, pero que nosotros nos resistimos a aceptar, estimando que el Regente no necesitaba recurrir a procedimientos tan arteros para eliminar a Palarea, pues, le sobraba energía para hacerlo fusilar.

Pasados unos años de su muerte, los restos del general Palarea fueron trasladados a Murcia, al Sacramental de San Andrés, que se abrió con los albores del siglo XIX y se canceló en sus últimos años, y que fue más conocido por «El cementerio romántico», porque en él patentizaron varias generaciones el gusto artístico de su época, en bellas esculturas de mármoles y alabastros, coronando lápidas con inscripciones de recuerdos dolorosos, amortiguados por eternas esperanzas. El busto del general, tallado en piedra, remataba una columna con una inscripción que decía: «Aquí yace el general Palarea Blanes. Héroe de la guerra de la Independencia...». La necesidad de expandir la ciudad obligó a las autoridades municipales en 1941 a disponer la monda del cementerio. La irreverente piqueta pulverizó artísticas esculturas y lápidas evocadoras. Los féretros contenían cuerpos que en su mayoría permanecían sorprendente y dramáticamente bien conservados: jóvenes de negras trenzas ataviadas de blanco, niñas abrazadas a su muñeca preferida, caballeros y damas elegantemente vestidos que parecían desgranar las cuentas de su rosario, soldados de uniformes policromados..., todos ellos en macabra y horrorosa mezcolanza cayeron en las bateas de los camiones que los llevaron a la igualatoria fosa común. El cuerpo del general había experimentado total descomposición, al abrir el sarcófago apareció su recio esque-

leto entre girones de paño rojo descolorido y fragmentos metálicos herrumbrosos y deformes: era cuanto quedaba del «Médico», de su uniforme de húsar, de sus preciadas condecoraciones y del sable que refulgió a los soles de España y de Francia, el que sólo se humilló al paso de las banderas y ante la muerte.

BIBLIOGRAFÍA

- ALCALÁ GALIANO, A.: *Memorias de D. Antonio Alcalá Galiano, publicadas por su hijo*. Imp. Enrique Rubiños, Madrid, 1886.
- ARCHIVO DE HISTORIALES DE LOS CUERPOS. SERVICIO HISTÓRICO MILITAR: *Regimientos de Caballería de Almansa, Borbón, Montesa y Pavía*.
- ARCHIVO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA. SERVICIO HISTÓRICO MILITAR: *Legajos de los años 1809 a 1814*.
- ARCHIVOS PARROQUIALES DE SAN LUIS (MADRID): Libro de bautizados en 1816; San Martín (Madrid): Libros de bautizados en 1794 y 1802 y Libro Castrense de Matrimonios, año 1815; San Pedro Apóstol (Murcia): Libro de bautizados en 1780 y Libro de enterramientos en 1811; Santa Catalina (Murcia): Libro de bautizados en 1790 y 1795.
- BALLESTEROS Y BARETA, A.: *Historia de España y su influencia en la Historia Universal*. Edit. Salvat, S. A., Barcelona, 1934.
- BELLIARD, AGUSTÍN-DANIEL, Comte de: *Mémoires du général, écrits par lui même*. Paris, 1842.
- BLASCO IBÁÑEZ, V.: *Historia de la Revolución Española, 1808-1874*. Edit. La Enciclopedia Democrática, Barcelona, 1891.
- CABRERA GRIÑO, R.: Expediente. Servicio Histórico Militar.
- COMELLAS, J. L.: *Los primeros pronunciamientos en España*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1958.
- COPONS Y NAVIA, F.: *Mémoires de los años 1814 y 1820 al 24*. Imp. Litóg. Militar, Madrid, 1858.
- CÓRDOBA, B.: *Vida militar y política de Cabrera*. Imp. Eusebio Aguado, Madrid, 1853.
- FERNÁNDEZ ESPARTERO, B.: Expediente. Servicio Histórico Militar.
- GACETAS DE MADRID: Noviembre y diciembre de 1835 y abril de 1836.
- GARCÍA-IZQUIERDO, C.: *Evocaciones a una Sacramental desaparecida para siempre*. «Hoja del Lunes», Murcia, 1 de nov. de 1972.
- GUÍA OFICIAL DE ESPAÑA: *Imp. Real, años 1823 a 1842*.
- JOURDAN, F.: *Mémoires Militaires du Maréchal (Guerre d'Espagne), écrits par lui même, publiés d'après le manuscrit originale par M. le vicomte de Gruchy*. Paris, 1842.
- LAROUSE, P.: *Dictionnaire Universale du XIX siècle*. Paris, 1896.
- LEÓN Y NAVARRETE, Diego: Expediente. Servicio Histórico Militar.
- LEJEUNE, L.-F.: *Mémoires du général Lejeune*. Edit. G. Raps. Paris, 1896.
- MADOZ, P.: *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus Provincias Mediterráneas*. Madrid, 1846.
- MARBOT, J.: Bon. de: *Mémoires du Général Marbot*. Tomo II, Paris, 1825.
- MARTÍNEZ CAMPOS (duque de la Torre), C.: *España Bélica. Siglo XIX*. Edit. Aguilar, Madrid, 1968.
- MENÉNDEZ PIDAL, R.: *Historia de España. La España de Fernando VII*. Edit. Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1969.
- MESONERO ROMANOS, R. DE: *Memorias de un setentón*. Edit. Ilustración Española, Madrid, 1880.
- PALAREA BLANES, Joaquín, PALAREA BLANES, Juan, PALAREA BLANES, Mariano, PALAREA DE SOTO, Juan: Expedientes. Archivo General Militar.
- PÉREZ DE GÚZMÁN Y GALLO, J.: *El Dos de Mayo de 1808 en Madrid*. Edit. Sucesores de Rivadeneira, Madrid, 1908.

- PRIEGO LÓPEZ, J.: *Guerra de la Independencia, 1808-1814*. Edit. Gran Capitán, Madrid, 1947.
- QUEIPO DE LLANO (conde de Toreno), J. M.: *Historia del Levantamiento, Guerra y Revolución de España*. Imp. Colegio de Huérfanos, Madrid, 1835.
- REMEU DE ARMAS, A.: *El Bando de los Alcaldes de Móstoles*. Tall. Gráf. Rafael Gómez-Menor, Toledo, 1940.
- SÁENZ DE VINIEGAS (condesa de Torrijos), L.: *Vida del General Torrijos y Uriarte*. Edit. Manque! Minuesa, Madrid, 1860.
- SAN MIGUEL, E.: *De la Guerra Civil de España*. Madrid, 1836.
- SAVINE, A.: *L'Espagne en 1810. Souvenirs d'un prisonnier de guerre anglais*. Paris, Louis Michand, 1909.
- SECCIÓN HISTÓRICA: *Estados de la Organización de los Ejércitos Beligerantes durante la Guerra contra Napoleón*. Imp. Antonio Rosi, Barcelona, 1822.
- SERVICIO HISTÓRICO MILITAR: *Colección Documental del Fraile*.
- SERVICIO HISTÓRICO MILITAR: *Guerra de la Independencia (1808-1814)*. Madrid, 1970-1974.
- SOTTO MONTES, J.: *Síntesis Histórica de la Caballería Española*. Servicio Histórico Militar. Madrid, 1968.
- TORRES FONTES, J.: *El General Palarea (un médico murciano en la Guerra de la Independencia)*. Edit. Universidad de Murcia, 1949.
- VEGA (condesa de Espoz y Mina), J. M. DE: *Memorias del General D. Francisco de Espoz y Mina*.
- VALVERDE Y ALAVA: *Atlas Geográfico de la Península Ibérica, Islas Baleares, Canarias y Posesiones de Ultramar*. Imp. de la Biblioteca Universal. Madrid, 1880.
- VAN-HALEN, J.: *Memorias de Don Juan Van-Halen*. Jules Remon. Libraire, Paris, 1827.
- ZAMORA Y CABALLERO, E.: *Historia General de España y de sus Posesiones de Ultramar*. Tip. Muñoz, Madrid, 1875.